



Lolín, era un lindo bebé de cinco años, de enormes ojos azules y cabellos rubios que, hechos tirabuzones, le caían por la espalda y hombros. Por cualquier cosa reía, y su charla alegre y continuada llenaba la casa, aquella casita que parecía de juguete, y los campos que la circundaban, por los cuales corría la muñeca de carne desde las primeras a las últimas horas del día, siempre bajo la vigilancia de su abuelo, el guarda-agujas, el cual no mostraba la banderita para indicar vía libre, hasta que la tenía a ella a su lado, cogida de la mano. Sólo de noche estaba tranquilo; de día no sosegaba, no vivía; siempre pensando en el peligro que constituía para la pequeña el continuo paso de los trenes.

Cuando, lejos aún, oía el silbido de la locomotora, buscaba a la niña afanoso y al pasar el tren, siempre se le veía con ella, y era Lolín, la que desempeñaba el cargo de su abuelo la mayoría de las veces, sosteniendo en sus débiles manos, la bandera que orgullosa mostraba al maquinista. Muchos viajeros, comerciantes en su mayoría, que hacían viajes regulares de España a Francia y viceversa, saludabanla con la mano al paso, y muchos de ellos, le tiraban desde el tren bolsas y cajitas de bombones, que pagaba la niña con besos echados al vuelo y con sonrisas que eran toda una caricia.

El guarda-agujas adoraba en ella. Los padres de Lolín habían muerto consecutivamente a poco de nacer aquélla, y él, su abuelo, fué quien, desde entonces, se encargó de la niña. Se la llevó a su casita, junto con el ama, a la que retuvo hasta que su nieta no necesitó ya más de ella, pensando tener a la pequeña a su lado, sólo hasta que tuviese cuatro o cinco años, edad en que podría meterla en un colegio; pero llegado que hubo ese tiempo, iba retrasando cuanto podía la fecha de la separación, comprendiendo que no le sería posible acostumbrarse a vivir sin su risa, su charla y sus caricias.

Lolín tenía en el mundo dos amores: su abuelo, y una linda muñeca de porcelana, regalo de aquél en las últimas Pascuas.

Nunca se separaba de su muñeca, y sostenía con ella largas conversaciones que escuchaba disimuladamente para que no cesaran, y cayéndosele la baba el abuelo. Jamás comió, desde que lo tenía, sin su bebé, y al acostarse, lo primero que hacía era prepararle un sitio en su camita, a su lado, poniéndole diminutas almohadas, hechas con trapos por ella misma.

Una noche, al ir a cenar se dió cuenta de que no tenía su muñeca, «Rosa», como, a petición suya, la había su abuelo bautizado. ¿Qué habría hecho de ella? Recordaba, sí, que había corrido



mucho aquella tarde, llevándola siempre consigo; pero no recordaba más: no se acordaba del sitio en que la pusiera cuando la soltó. Contóle sus apuros a su abuelo, y éste, que sabía a qué grado llegaba el cariño de su nieta por «Rosa», la buscó incansable por toda la casa y los alrededores. Ello fué inútil pues «Rosa» no parecía por parte alguna.

Lolín no quiso comer, a pesar de las súplicas de su abuelo, que prometía buscarla hasta dar con ella al siguiente día en cuanto amaneciera. Y ni ruegos, ni amenazas para que comiera, sirvieron de nada: sin cenar se acostó, llorando amargante. Y llorando, con la mano de su abuelo que la acariciaba, cogida entre las suyas, se quedó dormida.

Con mucho cuidado para no despertarla, logró el pobre viejo, retirar su manaza callosa y velluda de las diminutas manos que más que de carne, de porcelana parecían, y como acababa casi de pasar un tren, se acostó, para poder descansar algo, hasta la hora del paso de otro.

Al poco rato la voz de su nieta, soñando, le despertó:

—No, no voy a «pegate»; ven, Rosa «gapa», ven. Rosa!... Rosa...!

Acabó la frase en un sollozo. El anciano se acercó a la cama, movió un poco a la niña y, al verla al fin tranquila, acostóse de nuevo.

Aún no había amanecido por completo, cuando abrió Lolín los ojos. Obsesionada con la idea con que se durmió, iniciaba ya un lindo puchero para romper a llorar como la víspera, cuando de repente lo que iba a ser una mueca de tristeza y desesperación, transformóse en radiante expresión de alegría: recordaba por fin dónde había dejado a Rosa. Sí; allí, a pocos pasos de la casa, acostada entre unas piedras junto a unas matas. Se levantó ligera, púsose el vestidillo, calzóse a pies desnudos los zapatos, y andando cuidadosa de puntillas para no despertar al abuelo, acercóse a la puerta, corrió la aldabilla que por toda cerradura había—¿qué más se necesitaba en una casa como aquella tan misera en que nada había que pudiese despertar la codicia de los ladrones?—y salió afuera.

Se oyó a poco el silbido de la locomotora, lejos aún, y empezó el anciano a vestirse. Era la hora en que acostumbraba a levantarse. La mañana se presentaba fría; se envolvió en su bufanda, y salió—no sin sentir cierta extrañeza al encontrarse entreabierta la puerta, lo que atribuyó a un descuido suyo de la víspera—a presentar el farolillo al primer tren del día que empezaba. Pasado que hubo, entró de nuevo, y se acercó a la cama de Lolín para arroparla bien.

No sería posible describir su sorpresa al ver que la niña no se encontraba allí. Palpó las ropas de la cama repetidas veces, creyendo siempre haber mirado mal. No; no estaba. Empezó a llamarla. Luego, al ver que no contestaba, le asaltó una idea horrible, y escalofriado de terror, pero sin querer perder las esperanzas, salió al campo. El mismo silencio. Lolín no contestaba; echó a correr como un loco, llamándola ya frenético.

—Lolín...! Lolín...!

Corrió a la vía como si una fuerza superior le arrastrara a ella; la recorrió un buen trecho. De pronto lanzó un grito al ver en tierra, a corta distancia de la vía, un zapatito de su nieta. Sin-

Aquel zapato, chorreaba sangre. Miró su interior y un grito más horrible que el anterior, se escapó de su atribulado pecho. Había visto dentro de él, el diminuto pié de Lolín, cercenado por el tobillo en redondo, escalonado, como si fuesen los restos del festín de un tiburón. Más allá, se veía un grandísimo charco de sangre... después... nada! No había más rastro de la catástrofe; que aquella sangre, y aquel pié encerrado en un zapato y que miraba el anciano con ojos próximos a saltársele de las órbitas.

Unos gritos como de ficra herida, resonaron en todo el valle. Después, sonidos inarticulados, y por fin, entre espasmos, con voz enronquecida



tió un mayor escalofrío recorrerle el cuerpo todo, como una sacudida eléctrica. El ambiente, el silencio, el hallazgo del zapato, todo le hablaba de tragedia. Alzó del suelo aquél, y en el mismo momento, sintió algo así como si fuera despedido por una gran fuerza, y rodase por un abismo negro, negro y muy hondo...

por el espanto, entrecortadamente, pudo pronunciar el nombre adorado:

—Lolín... Lolín!... Lolín!...

La voz fué debilitándose hasta acabar en débiles gemidos; y el infeliz cayó víctima de un furioso ataque.

.....

Una hora más tarde, al practicar un reconocimiento, el maquinista y el fogonero de un tren, extrañados de que no les diesen señal alguna, y suponiendo que algo anormal ocurría, se encontraron con el cuerpo exánime del infeliz guarda-agujas, cuyas manos crispadas por el último estertor, estrechaban aún el zapatito, pobre estuche del pié ensangrentado de Lolín, el lindo bebé de ojos azules, y guedejas de oro...